

Lucas 23:46

Lucas 23:46

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”

Meditamos bien en la pasión de nuestro Señor Jesucristo solamente si vemos en ella el sufrimiento de un Salvador para nosotros. Entendemos bien las palabras que Cristo habló desde la cruz solamente si nos damos cuenta de que encierran un gran mensaje también para nosotros.

Durante esta Cuaresma hemos estado meditando en las palabras de Cristo que él habló desde la cruz, palabras de amor y consuelo, palabras de sufrimiento y agonía, y ahora, minutos antes de su muerte, oímos que Jesús abrió su boca por última vez y dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Otra vez, entonces, en este día más solemne del año cristiano, buscaremos encontrar el consuelo de la última palabra de Cristo en la cruz. Veremos primero que Cristo nos devuelve al Padre, luego que Cristo nos enseña qué es la muerte para el cristiano, y en último lugar, veremos que Cristo nos da el ejemplo para el cristiano en su muerte.

Cuando Cristo se dirige otra vez a su Padre con esas palabras, también nos devuelve a nosotros al Padre. Cuando Jesús puede otra vez en confianza invocar el nombre de su Padre celestial, quiere decir que ya todo está terminado

El pecado del mundo había estado cargado en nuestro redentor en la cruz. "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros". Y el Dios santo, viendo en su Hijo todos nuestros viles pecados, lo castigó con toda la dureza y furia de la justicia divina. Cristo, cargado con nuestros pecados, sufrió el infierno mismo, siendo abandonado por su Padre celestial a los más crueles dolores espirituales y físicos, hasta el punto que tuvo que clamar: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" ¡Que misterio tan tremendo, tan incomprensible, el Hijo amado había perdido a su propio Padre celestial, a causa de nuestros pecados! Pero ahora encuentra a su Padre de nuevo. Otra vez puede usar esa palabra de confianza y amor: "Padre", lo cual confirma su gran declaración: "¡consumado es!".

Algunos de ustedes no estaban aquí cuando hablamos de esta palabra bendita. Jesucristo sintió que todo se acababa ya, que el

pecado, el infierno y la muerte eran vencidos, él se había acabado con ellos. Y el grito de victoria, una victoria que lograda para nosotros los pecadores, clama: "consumado es".

Por eso es tan significativo que Jesús otra vez siente la presencia del Padre, que otra vez puede en confianza acudir a él. Lo había perdido por nuestros pecados, y cuando nuestro pecado le fue quitado, la cuenta declarada saldada, la deuda pagada, el castigo acabado, el Padre otra vez viene en socorro del alma de Cristo. Es la declaración de que el sacrificio de este Cordero pascual es aceptado, que somos redimidos para siempre.

Así es que, cuando Jesús encuentra de nuevo su Padre celestial, devuelve a nosotros también al Padre. Nosotros en nuestro pecado habíamos perdido a Dios, habíamos merecido solamente su ira, la eterna separación de él en el infierno. Y allí nos hubiéramos ido, allí habríamos sufrido el dolor de los clavos, la sed del infierno, la agonía del abandono por los siglos de los siglos, si Cristo no hubiera levantado la carga de nuestros pecados de nosotros y llevado todos en su mismo cuerpo a la cruz del Calvario. Pero lo hizo, este Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y nosotros somos libres de toda culpa, de todo pecado, de modo que todo aquel que ahora confía en esta redención que Cristo hizo por él en la cruz, tiene también un benigno Padre celestial. Ha encontrado también a su Padre: "Todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús". Porque Cristo, después de acabar su sufrimiento en la cruz, pudo dirigirse de nuevo al Padre, nosotros también, con todo derecho y confianza, podemos orar "Padre nuestro, que estás en los cielos", y saber que seremos recibidos, que nos escuchará un Padre ya reconciliado con nosotros.

Pero Jesús nos consuela aún más con esas palabras, porque con las palabras: "En tus manos encomiendo mi espíritu", Jesús nos muestra qué es la muerte para el cristiano. La muerte en general es una de las cosas que el hombre más teme. Y para el hombre sin Cristo, bien puede temer. La muerte entró como maldición por el pecado, es la paga del pecado, y es la puerta del infierno. El que se muere sin Cristo acompaña al rico al Hades, al infierno, al lugar de tormento. Por eso, el hombre pecador, sin Cristo, al contemplar la muerte, no tiene otra cosa que esperar que "una horrenda expectación de juicio, y de hervor del fuego que ha de devorar a los adversarios". "Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo".

Pero Cristo es el que "nos libró... de tan gran muerte". Cristo es el que "destruyó por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo". Cristo es el que nos "ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentarnos santos y sin mancha e irreprochables delante de él". Si, Cristo es el Salvador, "el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y de inmortalidad".

Porque Cristo ha terminado con nuestros pecados, ya no es una cosa horrenda, una cosa que nos hace caer en las manos del Dios vivo, sino nos hace pasar a las manos del Padre, el que por los méritos de Jesús nos ama y nos recibe con brazos abiertos.

¿Por qué temer ya la muerte? El Salvador ha quitado sus terrores. Él, cuando llegó la hora, con buena voluntad se sometió a la muerte. Con gran voz, una voz todavía fuerte, en posesión de todas sus fuerzas y todo su vigor, clamó: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Para él, la muerte no era ya entrar en el castigo, no era un brinco a la nada, no era entrar en un estado de eterna migración, era el pasaje de su alma, su espíritu, a una nueva forma de vida con su Padre celestial. Y porque Cristo murió en nuestro lugar, eso es también lo que él ha hecho de la muerte para cada uno de nosotros. "Hoy estarás conmigo en el paraíso", había dicho al ladrón a su lado en la cruz, y Jesús mismo pasa allá para esperar la entrada del malhechor que creyó en él. Y hasta ahora nos espera allí, habiendo quitado el aguijón de la muerte, y hecho de nuestra muerte también el traslado inmediato a la bendita y eterna presencia de él y de su Padre.

Y así, enseñándonos lo que es la muerte para el cristiano, nos da también el ejemplo para el cristiano en la hora de su muerte. Cristo sale de esta vida contemplando a su Padre celestial, orando a él. Y nosotros haremos bien en seguir su ejemplo, mirando en la hora de nuestra muerte solamente a Cristo, su muerte en la cruz en pago por nuestros pecados, y la seguridad de tener un Dios bondadoso y amoroso que nos recibirá al expirar nuestro último aliento.

Cristo conoció las Escrituras. Y en ellas encontró palabras para expresar cualquier estado de ánimo, cualquier necesidad espiritual. Esta última palabra es citada de un salmo, el 31, donde dice: "En tu mano encomiendo mi espíritu".

Un sinnúmero de creyentes desde entonces ha encontrado en esas palabras la expresión adecuada de su confianza y fe en su

hora de muerte. Mientras le apedreaban, Esteban dijo: "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Policarpo, el discípulo del apóstol Juan, dijo algo semejante cuando estaban a punto de quemarlo. Carlomagno dio expresión a su confianza con lo mismo, como también Lutero, que tres veces repitió estas palabras en su lecho de muerte.

Y nosotros podemos también hacerlo. "En tu mano encomiendo mi espíritu", dice el salmo, y sigue: "Tú me has redimido, oh Jehová, Dios de verdad". Porque Cristo murió en nuestra redención no tenemos que hacer más que fijar nuestros ojos en su muerte, su perdón, su redención, para tener una entrada igualmente bienaventurada en el cielo.

En mi última agonía,
Revéleme tu faz;
Tu cruz será mi guía,
En paz me llevarás,
Tu imagen contemplando,
Entrego mi alma a ti
Sólo en tu cruz confiando,
Feliz quién muere así.